

Después de tantos prodigios de virtud, no hay necesidad de exaltar sus milagros; pues aunque no eran en verdad tan frecuentes como en aquel tiempo en que Dios establecía su Iglesia, todavía resplandecían muchos para facilitar sus progresos, y no faltarán en ella en tiempo alguno; porque siempre se verificará que Dios es admirable en sus Santos. Sin recorrer las distancias de tantos lugares consagrados con las cenizas de los amigos de Dios, que en ellos descansaban, adonde la profusión de las maravillas del cielo atraía sin cesar millares de peregrinos; entre nosotros tenemos con que convencer á los que todavía no hayan tomado la resolución premeditada de negarse á toda persuasión. ¿Quién puede quitar el título de Taumaturgo ú obrador de maravillas á un San Martín de Tours, después de tantos siglos de posesion? ¿No está consignado su título de milagroso en los mismos monumentos que la conversion á la fe de nuestros primeros Reyes, que erigieron tantos templos y oratorios á este poderoso patron: que le rindieron homenaje por tantas victorias y le consagraron magníficos trofeos de estas, respetando por tan terribles é inviolables los juramentos que hacían por su nombre: que celebraban sus fiestas con una solemnidad y una alegría de que todavía hallamos vestigios después de catorce siglos?

Que no nos opongan contra la persuasión del universo algunos lugares comunes, y las declamaciones de algun retórico sobre la simplicidad y credulidad de los tiempos antiguos; porque en el juicio de las personas algo versadas en el conocimiento de la antigüedad, todo esto no será mas que una salida vaga de la mala fe, ó de una ignorancia despreciable. Procuremos hacer presente la religiosa y escrupulosa circunspeccion de los Prelados en el exámen y publicacion de los milagros. Ya en los primeros siglos

se arrojaron de la Iglesia los impostores que, llevados de un falso celo por la gloria de los Apóstoles y los Mártires, les atribuían escritos ó maravillas que eran de su propia invencion. En el quinto siglo veremos un San Agustín que por sí mismo preside á la relacion de los milagros obrados por las reliquias de San Estévan, y á la redaccion de los monumentos en que debia perpetuarse su memoria. ¿Con qué prudencia no procedió en la verificacion y en la confirmacion de las menores circunstancias de aquellas maravillas, no obstante que tenían por testigos las ciudades enteras de Úzala y de Cálama? En la lectura de estas relaciones que públicamente se hacia en la fiesta del santo Mártir por larga sucesion de años, se detenian en cada milagro, y hacian que se presentase la persona en quien se habia obrado, para que todo el mundo reconociese la verdad y la duracion, con el fin de que no tuviese la impostura parte en la edificacion, como no la habia tenido en la institucion de la Iglesia. Tal fue desde su origen la vigilancia de los Pastores en todo cuanto puede contribuir á la seguridad del sagrado depósito, y tal será, como lo veremos en el contesto de esta obra, la fidelidad del que prometió estar con su Iglesia hasta la consumacion de los siglos.

No es menester mas que ir siguiendo sin preocupacion la historia de los peligros y triunfos de esta Iglesia, para convenirse de la verdad y de la divinidad de la Religion que nos enseña; y bastará por el contrario observar los pasos de la impiedad, para hacer palpables su debilidad é inconsecuencia. No nos permiten los límites de un discurso esponer la segunda parte del paralelo, que haria resaltar tanto lo que hasta aquí hemos dicho; pero solo corresponde á la historia de un modo indirecto. Para desempeñar el fin principal á que miramos, bastará

hacer observar por conclusion, que el sofista incrédulo no tiene de ordinario mas apego á sus opiniones, sino en cuanto se acomodan con sus vicios: no puede defenderse contra las pruebas de nuestras verdades, sin decirse interiormente que creeria lo contrario, si la fe fuese favorable á las pasiones así como se opone á ellas, y que entonces abrazaria la fe sin repugnancia. El incrédulo no dudó mientras tuvo buenas costumbres, y sus incertidumbres no nacieron hasta que sobrevinieron sus extravíos.

Al principio se estremeció por lo que despues escusó como una simple flaqueza, y por último se glorió de ello. Pero como el gusano roedor de la conciencia le hacia pasar crueles momentos, pretendió sufocarle, y para esto fue tambien preciso ahogar en su alma el presentimiento de una eternidad funesta: ¿y qué hizo? Imaginó que á una Magestad infinitamente benéfica é infinitamente feliz, no la convenia ocupar su atencion en los que somos viles átomos, y mucho menos castigarnos. Pero un ser racional no podia, digámoslo así, hacer pie en un terreno tan movedizo, ni detenerse en una cuesta tan rápida y pendiente, y así dijo, que el alma moria con el cuerpo, como habia nacido con él. De aquí nació el grosero materialismo, aquel horrible sistema de un todo puramente sensible, que poniendo la felicidad del hombre en los placeres de los sentidos limita su obligacion y sus deseos á contentarlos: principios contradictorios y ruinosos, establecidos en el tiempo del desórden y retractados en el de la penitencia. En la fuerza de la edad y en la de una salud que prometia vida larga, se blasfemaba sin freno: en la declinacion de la vida ó de las fuerzas, ya se cree, se reza, y con demasiada frecuencia sucede abandonarse al temor servil y

cobarde de Antíoco, ó á la desesperacion funesta del discípulo traidor. Si algunos sostienen mejor el personage del orgullo, ¿que se infiere de aquí, sino que son unas ciegas víctimas que sacrifican su misma eternidad al fantasma á que han sacrificado toda su vida?

¿Qué conviccion, qué evidencia no se necesita tener para tomar una resolucion en asuntos que importan la eternidad! Pero los mas obstinados incrédulos están lejos de tener de su parte la evidencia de que se jactan, y jamás han podido adelantar mas allá de las dudas. Colocados en un rincon del mundo, y sin saber, segun sus propios principios, de donde vienen ni á donde van, (si creemos á un sabio tan hábil en sondear la profundidad del corazon humano como en meditar la inmensidad del espacio) sin ver mas que infinidades y abismos, dispuestos á tragarlos por todas partes, siendo mortales de lo que no pueden dudar, y habiendo ya muchos andado gran parte de su carrera mortal, lo único que saben indubitadamente es que al salir de esta vida han de caer en la nada ó en el infierno; y lo que inferen de su incertidumbre sobre tan espantosa alternativa, es pasar el resto de sus dias en la indecision y en un estúpido descuido, ó tal vez en irritar de nuevo al Dios terrible que los ha de juzgar segun la persuasion de los hombres mas arreglados, pues á lo menos son en este punto, por una consecuencia necesaria, mas ilustrados que ellos. Si esto es lo que llaman ser espíritu fuerte, es preciso decir que toda la fuerza de su espíritu consiste en correr ciegamente entre unos peligros tan inevitables como temibles, y en no observar la prudencia con que se gobiernan en todos los demás asuntos, á en ser mas atrevidos en acomodar la razon y la conciencia á las pasiones.

Esta valentía, pues, ¿qué es lo que ganaría, aun cuando nosotros nos engañásemos con los Apóstoles, con los Mártires y con todos los Santos fundadores de una Religión, que si no estuviera ya establecida es la única que debieran desear? ¿Es por ventura felicidad, como el incrédulo pretende, imaginar ser aniquilado en la muerte? Pero este es el delirio de un delincuente que se quita la vida en un calabozo con el fin de escapar del suplicio. ¿Tan poco importa la vida! ¿Qué aventuraria el enemigo de la fe, aun cuando por imposible fuesen sus paradojas otras tantas demostraciones, en pasar algunos años en la paz y la estimación, en ser justo y honrado, amado y sociable, arreglado en sus costumbres, buen esposo, buen padre y buen ciudadano? Estos bienes produce la sumisión sincera al yugo de la fe, y esta verdad es tan constante y tan generalmente reconocida, que los mismos que no tienen valor para esta sujeción á la fe, se la desean por lo menos á sus hijos, á sus esposas, y á todos los que tienen con ellos algunas dependencias ó negocios de importancia.

A la verdad, ¿qué confianza se puede hacer de un hombre que segun sus máximas debe despreciar la infracción de todas las leyes, cuando esta puede ocultarse, y que solo por inconsecuencia se sujeta á su observancia? Porque si no hay Legislador eterno ni supremo Remunerador, las leyes no tendrían su sanción, ni merecerían respeto, y todas las reglas de nuestras acciones y sentimientos serían invenciones arbitrarias ó vanas preocupaciones, y así la sumisión á estas leyes sería efecto del disimulo ó de la imbecilidad. De aquí resultaría que no hay orden público fundado en razón, y que cada ciudadano lo debe dirigir todo á su bien particular: que la autoridad del Príncipe

ó de los Magistrados no es mas que tiranía, el espíritu de subordinación cobardía y flaqueza, y en este caso la mas audáz independencia sería la magnanimidad mas digna de elogios. Consecuencias infelices, pero que se siguen necesariamente de la impiedad; y si un impío ha sido una especie de monstruo en todos los siglos y para todos los pueblos, todavía no ha cesado de ser para la multitud un objeto de espanto y de execración. El mismo no puede acostumbrar sus oídos á su propio nombre, que le ofende como una sangrienta injuria.

Pero esta calificación tan irritante y odiosa no solo conviene á la apostasía declarada, sino tambien á aquellas almas temerarias y débiles, que no tienen la humilde reserva de la fe, ni la descarada audacia del ateísmo: á aquellos que dudan y creen segun su capricho, que se meten en cuestiones irónicas, en conclusiones sofisticas, y en blasfemias encubiertas y paliadas, cuya esplicación tal vez les daría horror. Aquí no hay medio: del menor punto de revelación no admitido, ó solo puesto en duda, hasta la entera subversión del dogma y de la moral evangélica, hay una conexión tan estrecha y necesaria, como es indubitable que la Verdad increada se debe mostrar fiel en todas sus palabras. Si todo cuanto Dios nos ha revelado y cuanto la Iglesia nos obliga á creer, no es en toda su extensión cierto y verdadero, absolutamente nada queda que en virtud de la fe, y por ser Dios quien lo dice, merezca la menor creencia, el menor respeto ni la menor atención; y así es preciso venerar y creer generalmente cuanto la fe nos enseña, ó pisarlo todo sin excepción, sin ninguna consideración política ó social, sin temer las consecuencias, pues todas ellas serían infinitamente menor mal que la tiranía del error; y así solo podrían detener á los



